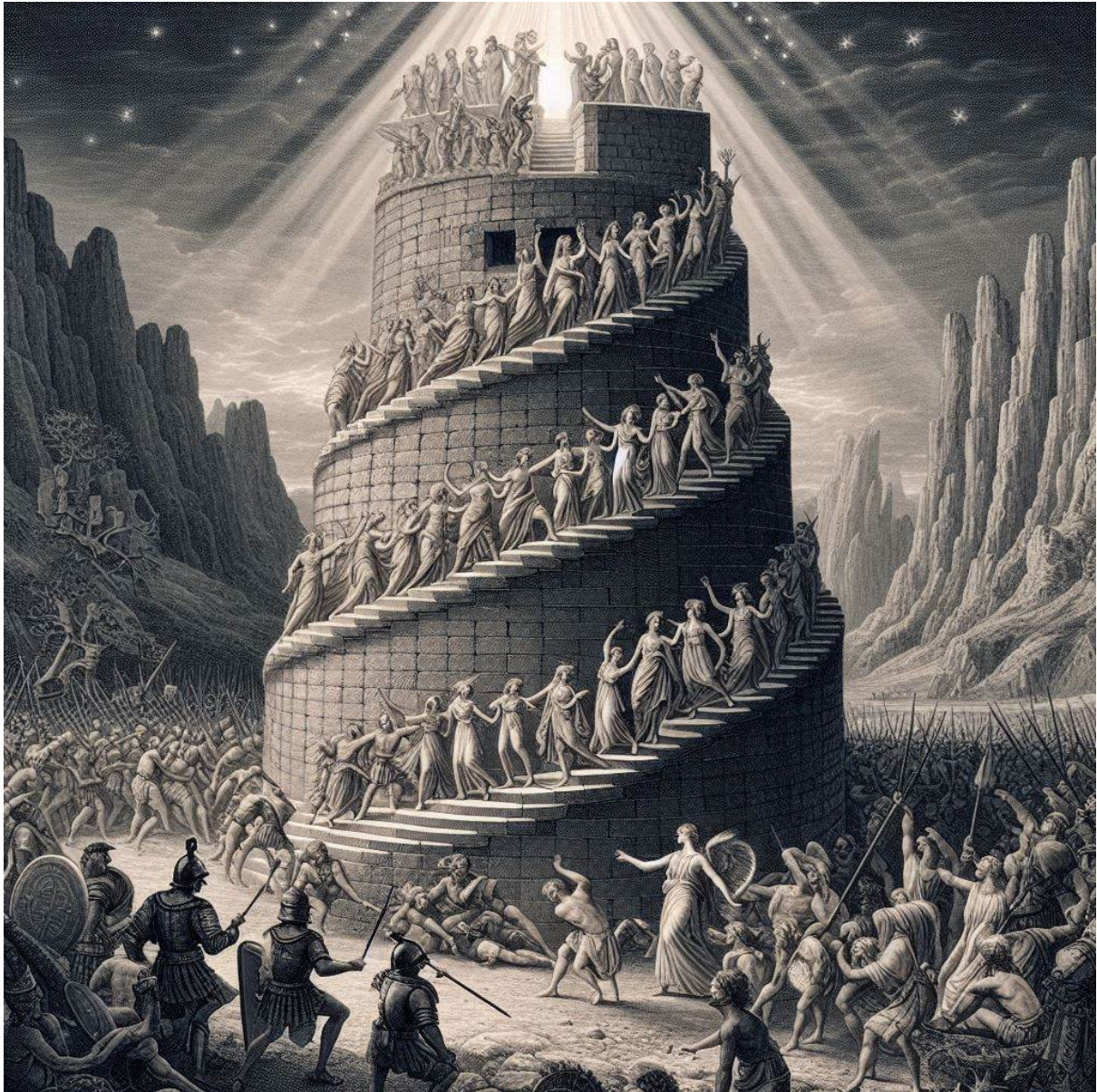


La reconciliación desde el punto de vista del idealismo absoluto



Antoine Batt
Parque de Estudio y Reflexión La Bella Idea
Octubre de 2024

Introducción.....	2
Interés de esta reflexión.....	3
Síntesis.....	4
Visión general de la dialéctica.....	4
1. La dialéctica del concepto positivo de la reconciliación y su negativo en las condiciones empíricas y psicológicas.....	5
La causa del contexto empírico.....	5
La causa del contexto de violencia psicológica.....	7
La distinción entre las dos causas y sus prismas culturales.....	9
La reconciliación a través de la toma de conciencia del determinismo.....	10
El paradoja de la esencialización.....	11
Las pruebas de la causa psicológica.....	12
2. Introducción al idealismo antes de abordar su perspectiva.....	14
Histórico del idealismo.....	14
El idealismo para mí.....	15
3. El camino de la comprensión hacia la reconciliación.....	20
Descubrimiento de las impulsiones incondicionadas.....	20
Primera impulsión incondicionada: el reconocimiento de la verdadera esencia.....	21
Segunda impulsión incondicionada: la transformación a través de la comprensión.....	21
Aclaración sobre los esquemas.....	22
4. La razón o el espíritu reflexivo como un proceso autónomo.....	24
5. El camino dialéctico hacia la reconciliación.....	25
La confrontación inicial con el conflicto.....	25
Conclusión.....	27
Una mirada hacia el futuro.....	28
Bibliografía.....	29

Introducción

La cuestión de la reconciliación, ya sea con los demás o con uno mismo, representa uno de los desafíos más arduos para la conciencia. ¿Cómo puedo reconciliarme conmigo mismo siendo plenamente consciente del mal que he cometido? ¿Cómo contemplar la reconciliación con otros, especialmente frente a actos inhumanos como el asesinato, la violación o la explotación del prójimo? Estos obstáculos empíricos cobran una relevancia aún mayor en el contexto actual, marcado por conflictos armados y opiniones polarizadas, donde el dogmatismo parece descartar toda posibilidad de iniciar un proceso de comprensión y paz.

Para quienes aún no lo hayan hecho, recomiendo encarecidamente la lectura previa de mis escritos anteriores: *Memorias y reflexiones sobre la suspensión del yo*, que consiste en dejar de lado todas las inclinaciones personales, los juicios preconcebidos y los deseos para permitir que la conciencia acceda a una realidad más profunda; y posteriormente, *Fenomenología del mal*, que explora en profundidad los mecanismos del mal y su arraigo en la experiencia humana. Comprender estos mecanismos constituye una base esencial para abordar el proceso de reconciliación que propongo aquí.

El término "reconciliación" proviene del latín *reconciliatio*, derivado del verbo *reconciliare*, que significa "restablecer, reunir, restaurar la amistad". Este verbo se compone de dos partes: *re-* (que indica repetición o regreso) y *conciliare* (que significa "hacer favorable", "unir", "conciliar"). La reconciliación designa el proceso mediante el cual personas o grupos en conflicto restauran la paz, la amistad o una relación armoniosa tras un desacuerdo o disputa. A menudo implica acciones como el perdón, el diálogo o la comprensión mutua. En un sentido más amplio, la reconciliación también puede referirse a la armonización de puntos de vista divergentes o a la restauración del equilibrio tras un período de tensión. Este proceso puede ser bilateral, cuando ambas partes se comprometen en el esfuerzo de reconciliación, o unilateral, cuando una sola de las partes elige realizar una transformación aprehensiva¹.

Así, la reconciliación puede llevarse a cabo tanto en el plano personal (entre dos individuos) como en el colectivo (entre grupos, comunidades o naciones), con el objetivo de restablecer el afecto hacia uno mismo y hacia los demás. También puede adoptar un sentido más metafísico o filosófico, presentándose como una búsqueda para superar los obstáculos hacia la unidad y la armonía, ya sea en oposiciones conceptuales o en conflictos internos del razonamiento moral.

¹ Se refiere a una transformación que ocurre a partir del acto de "aprehender", entendido como la capacidad de captar o comprender profundamente una realidad, más allá de una percepción superficial. Este término destaca el proceso de integración cognitiva o emocional de una experiencia o conocimiento que lleva a un cambio significativo en la perspectiva del individuo.

Este escrito no pretende ofrecer soluciones milagrosas, ni respuestas exhaustivas, sino más bien proponer una exploración personal de una disposición mental: la de la neutralidad o la "suspensión del yo"² como condición previa para la reconciliación. Esta actitud implica una renuncia temporal a las certezas, creencias y emociones intensas propias. Aunque frustrante³, esta suspensión es necesaria para liberar la reflexión y superar las ilusiones del yo, que representan un obstáculo para la reconciliación. Este esfuerzo de revisión y transformación interior resulta crucial para comprender lo real, ya que, tanto a nivel empírico como inteligible, es mediante el reconocimiento compartido de la realidad que la reconciliación se vuelve posible. Para redactar esta monografía, además de practicar la suspensión, he adoptado el método del traslado, con el objetivo de hacer este tema más accesible y de abordar la reconciliación con un espíritu más ligero, impregnado de serenidad e incluso de alegría. A pesar de la dureza inherente al tema, que debe enfrentarse sin rodeos, y del malestar inicial que puede generar al contradecir las inclinaciones hacia el resentimiento, la reconciliación se revela finalmente como un camino hacia la armonía y una profunda humanización.

En cuanto a las perspectivas, me inspiro en las respuestas propuestas por el humanismo universal, especialmente a través de la obra de Silo, así como en los pensamientos idealistas de Platón, Kant y Hegel, de quienes el humanismo contemporáneo es, en gran medida, heredero. Estructurado según un enfoque ascendente, mi planteamiento parte de la experiencia empírica de la reconciliación para alcanzar gradualmente su esencia conceptual, explorando los obstáculos mentales que impiden amar al otro y a uno mismo.

Interés de esta reflexión

Este trabajo permite repensar la naturaleza de los conflictos, no como fracasos, sino como etapas necesarias hacia una unificación más profunda. Propone un marco de reflexión en el que la reconciliación no se entiende como la eliminación de las tensiones, sino como su integración en una síntesis nueva y más rica. Esto abre perspectivas no solo para la comprensión personal, sino también para la reconciliación a nivel colectivo, destacando la importancia de los procesos dialécticos en la transformación del individuo y la sociedad.

² Antoine Batt – Preludio a la invocación: Memorias o reflexiones sobre la suspensión del yo.

³ Supongo que, al haberte elevado desde el reino de la muerte y mediante tu arrepentimiento consciente, ya has llegado a la morada de la tendencia. Dos estrechos cornisas sostienen tu morada: la conservación y la frustración. La conservación es falsa e inestable. Al recorrerla, te regocijas con la idea de permanencia, pero en realidad descienes rápidamente. Si tomas el camino de la frustración, tu ascenso será penoso, aunque es el único que no es falso.

Silo - La Curación del sufrimiento - La Mirada interior - El 5º Estado interior

Síntesis

Este ensayo explora la reconciliación a través del prisma del idealismo absoluto, basándose en reflexiones filosóficas y personales. Al examinar conceptos como la conciencia, la libertad y la dialéctica, se demuestra que la reconciliación no es solo una acción, sino un proceso dinámico donde los conflictos internos y externos desempeñan un papel fundamental. El individuo, a menudo enfrentado a conflictos psicológicos y empíricos, avanza hacia una comprensión más profunda de sí mismo y del mundo mediante un proceso de revelación de los esquemas inmutables del espíritu, que se desvelan progresivamente a través de las experiencias vividas.

A través de la comparación de diversas teorías filosóficas, particularmente las de Kant, Hegel y Silo, el autor muestra que la reconciliación es un camino no solo individual, sino también metafísico, en el cual la unificación del ser y el mundo se realiza mediante el reconocimiento de la conciencia como causa primera del universo. Las impulsiones incondicionadas y el papel de la conciencia en la creación de la realidad permiten al individuo superar los límites de la materia sensible y despertar a una comprensión más esencial y trascendental de la existencia.

Visión general de la dialéctica

La dialéctica, tal como se desarrolla en este escrito, es un proceso dinámico que guía a la conciencia en su camino hacia la reconciliación y la comprensión de sí misma. Se basa en una interacción constante entre aparentes opuestos —la tesis y la antítesis— que, lejos de permanecer estancados en el conflicto, evolucionan hacia una síntesis. Este proceso de superación de las contradicciones permite que la conciencia se eleve y revele progresivamente verdades más profundas.

A nivel individual, la dialéctica se manifiesta a través de las luchas internas, las experiencias contradictorias y las aspiraciones ideales que se enfrentan a la realidad. Cada confrontación entre ideales y realidades culmina en una nueva síntesis, permitiendo al individuo comprender mejor su propia naturaleza y la del universo. Este proceso, lejos de ser una simple evolución lineal, opera como un desvelamiento progresivo de estructuras ya presentes, pero hasta entonces ocultas en la experiencia humana, similar al trabajo de un arqueólogo que descubre verdades enterradas.

En el centro de esta reflexión está la idea de que la conciencia misma, a través de este movimiento dialéctico, es la causa primera de la realidad. Los conflictos, lejos de ser obstáculos, forman parte de esta dinámica de reconciliación y unificación del individuo consigo mismo y con el mundo.

1. La dialéctica del concepto positivo de la reconciliación y su negativo en las condiciones empíricas y psicológicas

Existen situaciones en las que la reconciliación es difícil pero parece posible, y otras en las que parece completamente inalcanzable. Tomemos el ejemplo de un soldado enfrentado a una violencia y un peligro tan intensos que resulta comprensible, aunque no justificable, cómo las condiciones extremas pudieron empujarlo a cometer actos inhumanos, como un crimen de guerra. Desde la comodidad de un entorno protegido por la paz y el bienestar social, resulta relativamente fácil juzgar y condenar los comportamientos violentos de quienes se enfrentan directamente a la violencia cotidiana. Pero, en esa misma situación, ¿habría actuado yo de manera diferente? Para explorar esta cuestión, propongo un experimento mental que nos transporte a su realidad. En este sentido, haré referencia a la película bélica *Saving Private Ryan*, que arroja luz sobre dos problemáticas esenciales.

La causa del contexto empírico

La primera problemática, más explícita, plantea la delicada cuestión de la necesidad del « menor mal », un concepto clave del consecuencialismo. Durante mucho tiempo he rechazado esta filosofía, ya que me lleva a considerar, en situaciones excepcionales, la posibilidad de suspender provisionalmente mi humanidad al violar el principio de la "regla de oro": « No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti » o « Trata a los demás como te gustaría ser tratado ».

En *Salvar al soldado Ryan*, hay una escena en la que una pequeña sección del ejército, tras neutralizar un nido de ametralladoras enemigas, sufre la pérdida de uno de sus hombres. Luego capturan a un soldado alemán y enfrentan un dilema moral: su misión no les permite tomar prisioneros. Algunos soldados quieren ejecutarlo, ya que liberarlo podría permitirle regresar a las tropas enemigas y tomar las armas contra ellos. Sin embargo, ejecutar al prisionero constituiría un crimen de guerra. Esta escena ilustra perfectamente la tensión entre la ética y la necesidad militar en condiciones extremas.

La escena expone con claridad la confrontación entre la necesidad militar y los principios morales universales, y plantea la cuestión del menor mal, que es central en el consecuencialismo. Los soldados deben decidir si es preferible cometer un crimen al ejecutar a un prisionero para salvar potencialmente vidas, o respetar las reglas morales a riesgo de comprometer la seguridad de su misión. Este tipo de dilema moral, donde las consecuencias de las acciones parecen tener prioridad sobre los principios éticos, remite directamente a la filosofía del consecuencialismo.

El consecuencialismo es una teoría moral que sostiene que la moralidad de una acción depende únicamente de sus consecuencias. En otras palabras, lo que hace que una acción sea buena o mala no es la intención detrás de ella o el respeto por una regla moral, sino los efectos que produce. Si una acción genera consecuencias positivas, se considera moralmente aceptable, y si genera consecuencias negativas, se considera inmoral, incluso si la intención inicial era moral.

Una de las formas más conocidas de consecuencialismo es el utilitarismo, desarrollado particularmente por John Stuart Mill en *El utilitarismo* (1861). Según esta teoría, la mejor acción es aquella que genera el mayor bienestar o felicidad para el mayor número de personas. Esto significa que, en una situación dada, es necesario evaluar todas las opciones posibles y elegir aquella que tenga las mejores consecuencias globales. Por ejemplo, si mentir salva una vida, un consecuencialista podría considerar que esta mentira está justificada porque genera un resultado positivo mayor que el acto en sí. En resumen, el consecuencialismo se enfoca en los resultados de las acciones, buscando siempre maximizar el bien o minimizar las consecuencias negativas.

Aunque considero esta filosofía valiente, ya que aborda casos de conciencia muy reales, también la encuentro insuficiente para justificar actos controvertidos. Persiste una incertidumbre, ya que las consecuencias no siempre son predecibles. Además, la reconciliación no se basa únicamente en los resultados, sino también en la intangibilidad de las intenciones de las partes involucradas. Los gestos de reconciliación, como las disculpas o las reparaciones, deben ser sinceros y auténticos. El consecuencialismo, al centrarse únicamente en lo "beneficioso", podría fomentar acciones calculadas que no aborden la sinceridad ni transformen las relaciones humanas. Una reconciliación verdadera requiere un compromiso moral profundo, que va mucho más allá de las simples consecuencias.

Por otra parte, esta filosofía es frecuentemente refutada de manera inadecuada por el argumento opuesto de la "solución perfecta", que es en realidad un error de razonamiento. Este paralogismo consiste en rechazar una solución simplemente porque no es perfecta o porque no resuelve todos los problemas al 100 %. Esto plantea un problema, ya que en muchas situaciones no existen soluciones perfectas. Por lo tanto, a menudo es preferible adoptar una solución imperfecta pero efectiva, en lugar de no hacer nada. Por ejemplo, rechazar una reforma política que mejora significativamente una situación, argumentando que no resuelve todos los problemas, es un caso típico de este sofisma. En resumen, el sofisma de la "solución perfecta" en contextos políticos puede llevar a rechazar opciones útiles bajo el pretexto de que no son ideales, cuando un enfoque pragmático y realista puede resultar más beneficioso para el conjunto de la colectividad.

En síntesis, el consecuencialismo puede, en ciertas situaciones, ofrecer una respuesta ética que priorice la necesidad de los resultados sobre el respeto estricto de la regla de oro, que estipula: « No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan ». Este principio, basado en la reciprocidad y la benevolencia, puede entrar en tensión con circunstancias excepcionales donde las consecuencias de una acción pesan más que la aplicación rígida de los principios morales.

En contextos extremos, como la guerra o las crisis, puede ser necesario realizar actos que normalmente no se desearía cometer, como un acto violento o una decisión aparentemente injusta, para evitar un mal mayor o proteger un mayor número de vidas. De manera similar, en las tensiones cotidianas, no siempre podemos actuar con benevolencia. A veces, las presiones o las circunstancias nos llevan a reaccionar de otra manera. El consecuencialismo permite, en ocasiones, reconciliar estos actos moralmente cuestionables justificándolos por la necesidad de los resultados positivos que buscan producir. Alguien podría objetar que, si estuviera en el lugar de la persona perjudicada en nombre de una necesidad superior, no estaría de acuerdo con esa decisión. A ello respondería que, por

supuesto, no estaría satisfecho en ese momento. Sin embargo, entendiendo la lógica detrás de esa decisión y con la perspectiva del tiempo, podría reconciliarme con quien la tomó, sabiendo que probablemente habría actuado de manera similar en una situación equivalente. Esta perspectiva también ofrece un camino hacia la reconciliación personal con acciones que preferiríamos haber evitado. Cuando los actos lamentables se perciben como necesarios dadas las circunstancias, se vuelve posible reconciliarse con ellos, sabiendo que se realizaron en aras de un bien superior. Esta visión permite aceptar que, en momentos de tensión o conflicto, puede ser moralmente admisible apartarse temporalmente de principios como la benevolencia, con el fin de minimizar un mal mayor o preservar un equilibrio.

Así, el consecuencialismo reconoce que, en ciertas situaciones —ya sea en tiempos de crisis extrema o en las tensiones del día a día—, el mal que estamos obligados a cometer puede reconciliarse con nuestro sentido moral. Este mal se justifica si las consecuencias positivas que genera buscan restaurar o preservar la armonía, incluso si ello exige una violación temporal de los principios éticos que normalmente intentamos respetar, como la benevolencia o la no violencia.

La causa del contexto de violencia psicológica

A diferencia de la primera problemática, que resalta claramente la causa empírica, la segunda aborda la cuestión de la causa psicológica, cuya naturaleza intangible es mucho más difícil de discernir. En este caso, resulta más complejo comprender cómo una persona, incluso en ausencia de presión inmediata o peligro empírico, puede adoptar comportamientos dañinos.

En respuesta, la tradición religiosa, con su carga de juicios morales, sostiene que los seres humanos son libres de elegir entre el bien y el mal. Según esta visión, no sería necesario buscar una causa para el mal, ya que este formaría parte intrínseca de nuestra naturaleza y, por lo tanto, debería ser combatido. La religión enseña que es a través del ejercicio de nuestra libertad que a veces elegimos realizar actos dañinos, y que eventualmente debemos rendir cuentas por ellos ante la justicia humana y divina. Esta visión de la libertad implica que las acciones dañinas no tienen una causa externa, siendo, de algún modo, causas primeras que no dependen de ningún otro factor más allá de la idea de que el mal habita en nosotros de forma innata. Según la lógica religiosa, como el ser humano no puede ser igual a Dios, no puede ser la causa primera, puesto que este estatus está reservado a Dios como creador. Sin embargo, como es necesario encontrar una causa para el mal, probablemente las religiones inventaron al diablo, una figura divina que actúa como antagonista de Dios. No obstante, esta proposición es problemática: si la causa del mal proviene del diablo, esto podría eximir al ser humano de la responsabilidad de sus actos dañinos. Así, la religión enfrenta un paradoja: sitúa nuestra responsabilidad en la tentación, pero esta lógica es dialéctica, ya que al otorgarnos la capacidad de elegir entre el bien y el mal, nos coloca simbólicamente al mismo nivel que el diablo, con un estatus casi divino. A partir del momento en que somos responsables de esta elección, nuestras decisiones no estarían motivadas por ninguna causa externa, lo que nos haría autónomos en el ejercicio de este poder, al igual que Dios mismo. Esta visión religiosa de la libertad, que postula que el ser humano elige libremente entre el bien y el mal sin causa externa más allá de la

tentación, debe ser reconsiderada desde la perspectiva de la psicología. Si consideramos que el mal puede ser una reacción a circunstancias externas en la causa empírica, lo mismo ocurre con la causa psicológica. Aquí, la libertad aparente se ve frecuentemente eclipsada por fuerzas internas que influyen profundamente en las decisiones.

En el caso de la violencia de origen psicológico, el centro de decisión del individuo puede estar cegado por representaciones distorsionadas de un núcleo interno de sufrimiento, que actúa como un velo que impide la capacidad de discernimiento. Este sufrimiento, aunque no visible, reduce significativamente la posibilidad de un acto plenamente consciente y autónomo. Así, la libertad que la religión sitúa en el centro de la responsabilidad moral humana se ve profundamente restringida por heridas psicológicas que determinan los comportamientos, incluso cuando, en apariencia, estas acciones parecen ser elecciones sin coacción externa.

Un ejemplo claro de esta influencia psicológica aparece en *Salvar al soldado Ryan*. El joven traductor, Upham, tras paralizarse por el miedo durante los combates y presenciar la muerte de sus compañeros, vive un momento en el que la batalla cambia a favor de su bando. En ese instante, tres soldados alemanes se rinden, entre ellos uno que él mismo había persuadido a su capitán de liberar anteriormente. Impulsado por el odio y el sufrimiento psicológico acumulado, toma la decisión de matar arbitrariamente a este prisionero alemán. Aunque el peligro inmediato ha desaparecido y los soldados están desarmados, esta escena demuestra cómo el peso del sufrimiento psicológico, el miedo y la ira pueden nublar la capacidad de actuar de manera racional y moral.

Así, aunque la libertad existe, aquí está limitada por fuerzas emocionales y psicológicas que influyen en el comportamiento. El núcleo de sufrimiento interno captura la atención y encierra al individuo en un ciclo reactivo, dificultando el distanciamiento necesario para ejercer una verdadera libertad. Como en el caso de Upham, este sufrimiento genera acciones destructivas que, en apariencia, parecen ser elecciones libres, pero que, en realidad, están dictadas por traumas.

La reconciliación, en este contexto, permite liberar este centro de decisión del dominio del sufrimiento, abriendo así el camino a una acción verdaderamente libre y consciente. El sufrimiento psicológico no elimina completamente la libertad, pero oscurece temporalmente su ejercicio, creando la ilusión de restricciones donde, en realidad, el individuo puede recuperar su autonomía una vez que esta influencia se disipa.

La distinción entre las dos causas y sus prismas culturales

Las dos causas —la empírica y la psicológica— no son completamente independientes y se influyen mutuamente. Sin embargo, culturalmente, no se justifican de la misma manera.

Retomemos el ejemplo de la película *Salvar al soldado Ryan*. En la primera causa, la empírica, los soldados enfrentan un dilema moral sobre el destino del prisionero alemán. Como espectador, según mi moral y compasión, habría considerado inadmisible e inhumano que los soldados ejecutaran fríamente a este prisionero. Sin embargo, en el contexto de las leyes de la guerra, que priorizan la vida de los propios, su ejecución podría haber parecido justificada. El acto, aunque brutal, tendría como objetivo evitar que el prisionero volviera a tomar las armas y amenazara sus vidas y las de otros soldados.

El director parece desaprobador también esta solución narrativa al optar por liberar al prisionero. No obstante, más adelante en la película, nos prepara psicológicamente para un desenlace moralmente diferente: el prisionero alemán, aunque liberado y libre de moverse, regresa a sus tropas y vuelve a tomar las armas contra la sección de Upham. Este gesto, aunque inscrito en su deber como soldado, se presenta como una justificación moral para su posterior ejecución. En este punto, ya no se trata de una necesidad militar, sino de una venganza o un castigo por haber "abusado" de su liberación al reincorporarse al combate.

Y sin embargo, este soldado alemán solo había cumplido con su deber al regresar a luchar, mostrando valor al arriesgar nuevamente su vida. El guion parece, en este momento, aprobar su ejecución como un castigo merecido, en aparente consonancia con la moral judeocristiana, que asocia la falta con la sanción. Sin embargo, reflexionando más profundamente, este acto constituye un crimen de guerra, ya que no estaba motivado por una necesidad legítima, a diferencia de la primera causa.

Sin embargo, las cosas no son tan antagonistas. El director también se inscribe en la segunda causa, la de la violencia de origen psicológico. En varias ocasiones, muestra la fragilidad de Upham frente al peligro. Paralizado por el miedo, es incapaz de socorrer a sus compañeros durante un combate crucial. Este miedo lo lleva finalmente a la ejecución del prisionero, pero este acto no es fruto de una elección libre. Aquí no hay libertad ni una decisión moral genuina, solo una reacción compulsiva dictada por fuerzas psicológicas.

Esta distinción e interacción entre la primera causa (la presión empírica de las circunstancias) y la segunda (la violencia psicológica y la venganza) pone de manifiesto la complejidad de los actos de guerra y la dificultad de discernir la frontera entre la necesidad y la moralidad.

La reconciliación a través de la toma de conciencia del determinismo

Esta reflexión encuentra un eco profundo en la canción *Né en 17 à Leidenstadt* de Jean-Jacques Goldman, quien, siendo de origen judío, ofrece una perspectiva especialmente significativa sobre la cuestión del determinismo en contextos de guerra y opresión. La canción resume perfectamente la perspectiva reconciliadora que adopto frente a situaciones similares. Las letras expresan una interrogación fundamental :

*"Et si j'étais né en 17 à Leidenstadt,
Sur les ruines d'un champ de bataille,
Aurais-je été meilleur ou pire que ces gens,
Si j'avais été allemand ?"*

**"¿Y si hubiera nacido en el 17 en Leidenstadt,
Sobre las ruinas de un campo de batalla,
¿Habría sido mejor o peor que esas personas,
Si hubiera sido alemán?"**

Goldman se pregunta cómo habría reaccionado si hubiera crecido en un contexto de guerra, humillación y odio. ¿Habría resistido la tentación de la venganza, o habría sucumbido al odio como tantos otros? Esta pregunta refleja directamente la problemática de la reconciliación, ya sea consigo mismo o con los demás. Subraya el peso del entorno en la formación de los comportamientos y la dificultad de afirmar que, en circunstancias similares, habríamos actuado de manera diferente.

La canción también aborda otros contextos de violencia, como Irlanda del Norte o el apartheid en Sudáfrica, planteando la misma pregunta: ¿Habría tenido el valor de tender la mano al enemigo, de traicionar a los míos para defender la justicia? ¿O, por el contrario, habría sido pasivo, cómplice o incluso verdugo, sometido a las presiones de mi entorno?

*"On saura jamais c'qu'on a vraiment dans nos ventres,
Cachés derrière nos apparences.
L'âme d'un brave, d'un complice ou d'un bourreau ?
Ou le pire, ou le plus beau ?
Serions-nous de ceux qui résistent ou bien des moutons d'un troupeau,
S'il fallait plus que des mots ?"*

**"Nunca sabremos lo que realmente llevamos dentro,
Escondido detrás de nuestras apariencias.
¿El alma de un valiente, de un cómplice o de un verdugo?
¿Lo peor o lo mejor?
¿Seríamos de aquellos que resisten o simplemente ovejas de un rebaño,
Si hiciera falta más que palabras?"**

Estas palabras subrayan una verdad incómoda: la incertidumbre sobre nuestra capacidad para resistir las fuerzas destructivas que nos rodean. Resuenan con mi reflexión sobre

cómo los actos humanos suelen ser el resultado de contextos empíricos o psicológicos, más que de elecciones verdaderamente libres. La canción plantea una cuestión esencial: en situaciones extremas, ¿habría tenido la fuerza de resistir al odio o me habría convertido en cómplice?

Por último, la frase final de la canción:

*"Et qu'on nous épargne, à toi et moi, si possible très longtemps,
D'avoir à choisir un camp,"*

**"Y que se nos ahorre, a ti y a mí, si es posible por mucho tiempo,
Tener que elegir un bando."**

invita a la prudencia al juzgar a los demás. Reconoce que, en ciertas circunstancias, es imposible saber con certeza cómo habríamos reaccionado.

Esta mirada reconciliadora, que acepta el determinismo de los comportamientos humanos, abre paradójicamente la puerta a una forma de liberación. Al tomar conciencia de las influencias empíricas y psicológicas que moldean nuestros actos, iniciamos un proceso para liberarnos de ellas. Reconocer nuestras propias limitaciones y las de los demás se convierte en un paso clave en el camino hacia la reconciliación y una comprensión más profunda de la condición humana.

El paradoja de la esencialización

Para abordar este paradoja, tomo como ejemplo el caso Pélicot⁴, un asunto sorprendente en muchos aspectos, que pone a prueba mi reflexión sobre la reconciliación. Algo en la forma en que se representa este caso revela una absurdidad fundamental en la noción de culpabilidad moral.

No hay, evidentemente, debate sobre los hechos en sí mismos, sino más bien sobre la manera en que estos son interpretados y sobre la capacidad de reconciliarse con el culpable. En este caso, la causa empírica no aporta una explicación real; es más bien la causa psicológica —con sus factores relacionados con la cultura religiosa y los traumas biográficos— la que ilumina la situación.

Durante su juicio, dos declaraciones de Dominique Pélicot ponen de manifiesto este paradoja:

"Soy un violador."

"No se nace perverso, se llega a serlo."

Estas declaraciones revelan una tensión fundamental en la manera en que se percibe la culpabilidad. La acusación parece querer minimizar el impacto de sus traumas de infancia, que sin embargo habrían moldeado su conducta perversa. Pero ¿por qué? ¿Para probar

⁴ Gisèle Pelicot testifica contra su marido, acusado de drogarla y facilitar que la violaran en su casa <https://www.nytimes.com/es/2024/09/06/espanol/mundo/pelicot-violacion-juicio-francia.html?searchResultPosition=13>

que es un violador? Esta lógica refleja la absurdidad de la culpabilidad religiosa, según la cual habría fallado al resistirse a la perversión. Sin embargo, como ya expliqué anteriormente, si el culpable debe "resistir al mal", esto implica que dicho mal es inherente a él, que nació perverso. En ese caso, no sería responsable de su condición, ya que no eligió esta esencia.

De manera similar, la acusación del patriarcado, que sugiere que sus comportamientos están dictados por esta cultura, parece igualmente absurda. Si sus acciones son producto de esta cultura, entonces no sería responsabilidad de los hombres, sino de la cultura misma. Pero esta cultura, creada por los hombres, supondría que, en su esencia, ellos serían violadores. Esto implicaría ignorar su libertad de elección y, en consecuencia, su responsabilidad.

El paradoja de la esencialización, ya sea de origen religioso o ideológico, simplifica en exceso las influencias que moldean al individuo. Al reducir al otro a una esencia, nos encerramos en una contradicción, cerrando así el camino hacia la reconciliación. Y, peor aún, alimentamos el ciclo de violencia. Este ciclo tiene sus raíces en la sed de venganza, ya que la esencialización refuerza la idea de que el otro es intrínsecamente malo, que debe ser expulsado de la humanidad sin posibilidad de transformación. Este enfoque no solo priva al individuo de la esencia de su humanidad, sino que perpetúa un esquema de violencia y resentimiento que impide cualquier forma de perdón o reconciliación auténtica.

Para salir de este paradoja, es necesario reconocer la multiplicidad de factores que influyen en los comportamientos humanos y abandonar esta visión simplista que, en lugar de restaurar la paz, perpetúa el conflicto.

Las pruebas de la causa psicológica

El suicidio y la adicción ilustran de manera evidente el poder destructivo de la causa psicológica. A diferencia de las fuerzas empíricas, visibles y tangibles, la causa psicológica actúa en silencio, desde el interior, pero con una potencia que desafía la comprensión. Al embrujar sutilmente la mente del sujeto, esta causa termina por abolir cualquier forma de libertad de elección, haciendo que sus acciones sean tan perjudiciales para sí mismo como para los demás.

Cuando el sufrimiento psicológico se instala, se convierte en una fuerza insidiosa capaz de empujar a una persona a actos de autodestrucción, ya sea el suicidio, un acto definitivo, o la adicción, un camino más gradual hacia la pérdida de sí mismo. Este sufrimiento no solo causa dolor; impregna la mente, deformando poco a poco la percepción y el juicio. Lejos de ser un tormento pasajero, reorganiza los pensamientos, impone sus propios paradigmas y modifica la percepción de la realidad del individuo, que llega a ver en el acto destructivo —el suicidio— la única salida concebible a su malestar. El libre albedrío, en esta situación, se convierte en una trágica ilusión, ya que el sujeto, encadenado a su sufrimiento, ya no ve otra opción que ceder a su dominio. En el caso de la adicción, el sufrimiento se transforma

en una búsqueda desesperada de compensación, donde el deseo supera a la razón, eclipsando cualquier consideración sobre las consecuencias para su salud.

Poco a poco, este sufrimiento se infiltra en cada rincón de la conciencia, desviando la capacidad del individuo para razonar con claridad. La mente, atrapada, busca justificaciones para su propio tormento, proyectando la culpa ya sea sobre sí mismo o sobre los demás. En el caso del suicidio, la persona acaba convenciéndose de que su propia existencia es la fuente del mal y que terminar con su vida es la única forma de repararlo. De manera similar, este sufrimiento puede conducir a actos de venganza o destrucción hacia los demás, si el sujeto llega a percibir a los otros como responsables de su malestar. La racionalización de actos perjudiciales, sean dirigidos hacia sí mismo o hacia los demás, se convierte entonces en un mecanismo de supervivencia, un intento de dar sentido a un calvario que parece insuperable.

Bajo esta influencia, la libertad de elección no es más que una ilusión; los pensamientos, los juicios y las acciones están dictados por un sufrimiento que ha tomado el control de la mente. Lo que parece un acto de voluntad —el suicidio— es en realidad el fruto de una coerción interior, una presión implacable ejercida por un sufrimiento no reconciliado.

El suicidio, lejos de ser un acto de libertad, es la prueba definitiva de que la causa psicológica puede superar cualquier otra fuerza. Demuestra cómo el sufrimiento, cuando invade la mente y reorganiza la realidad percibida, puede aniquilar la capacidad de un individuo para tomar decisiones lúcidas. El acto suicida revela con una intensidad trágica que, cuando no se comprende ni se reconcilia, la fuerza psicológica puede tener consecuencias irreversibles, empujando al individuo a realizar acciones que nunca habría considerado en un estado mental saludable.

Así, el suicidio es el ejemplo por excelencia de la dominación de la causa psicológica sobre el individuo. Bajo la influencia del sufrimiento, la persona pierde su libertad de elección y se ve empujada a racionalizar comportamientos perjudiciales, tanto para sí mismo como para los demás. Esta fuerza invisible pero omnipresente demuestra que la psicología puede ser una causa suficiente para obligar a realizar actos destructivos, probando que las fuerzas internas pueden ser tan poderosas, si no más, que las restricciones empíricas.

2. Introducción al idealismo antes de abordar su perspectiva

Histórico del idealismo⁵

Los presocráticos

El idealismo hunde sus raíces en los presocráticos, hace dos mil quinientos años, con los primeros conceptos que lo moldearían. Entre ellos destaca Parménides (siglo VI-V a.C.), para quien el Ser es único, inmutable y eterno. La verdadera realidad no cambia jamás, y todo lo que aparece como diversidad y movimiento en el mundo sensible no es más que una ilusión. Solo la razón puede acceder a esta verdad.

Su discípulo, Zenón de Elea (siglo VI-V a.C.), formuló famosas paradojas para demostrar que el movimiento y la pluralidad son meras ilusiones lógicas. Buscaba probar, siguiendo las enseñanzas de Parménides, que la realidad es inmutable y única, y que nuestras percepciones sensibles nos engañan. Ambos pensadores defienden así la primacía de la razón sobre los sentidos, rechazando la idea de que el cambio o la multiplicidad puedan ser reales.

Los idealistas

El ideal de la razón encuentra un eco destacado en Platón (428-348 a.C.), quien afirma que las Ideas o formas inmateriales son la única realidad verdadera, mientras que el mundo sensible es solo una copia imperfecta. Es a través de la razón que podemos conocer estas realidades trascendentes.

Siglos más tarde, George Berkeley (1685-1753) propuso que "Ser es ser percibido" (esse est percipi). Para él, la realidad material solo existe en la percepción; todo lo que existe es idea en la mente de los individuos o en la mente de Dios.

Immanuel Kant (1724-1804) sostuvo que solo conocemos los fenómenos, es decir, la realidad tal como nos aparece a través de las estructuras de nuestra mente (espacio, tiempo y las categorías del entendimiento). En su Crítica de la razón pura, la realidad en sí misma (el noumenon) permanece inaccesible a nuestro conocimiento.

Con Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), el idealismo absoluto emerge en el siglo XVIII: según él, la realidad no es otra cosa que una creación del ego. El espíritu o ego absoluto es la única realidad fundamental, y el mundo exterior es una proyección de este ego; el espíritu crea su propia realidad.

Por su parte, Friedrich Schelling (1775-1854) propone una unidad entre el Espíritu y la Naturaleza, viendo ambas como manifestaciones de una misma realidad absoluta. La naturaleza es el Espíritu en devenir, y este se realiza a través de la naturaleza.

⁵ Lista no exhaustiva

Finalmente, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) concibe toda la realidad como una manifestación del Espíritu absoluto, que se desarrolla dialécticamente a lo largo de la historia.

Los herederos del idealismo :

Pensadores como Edmund Husserl (1859-1938), fundador de la fenomenología, se inspiran en esta tradición transformándola. Husserl se esfuerza por describir los fenómenos tal como aparecen a la conciencia, sin asumir, como Kant, la existencia ontológica de una realidad independiente. Para Husserl, la conciencia intencional siempre está dirigida hacia un objeto, y es a través de esta intencionalidad que la realidad se constituye para el sujeto. Es asociado frecuentemente con una forma de idealismo trascendental, afirmando que la realidad siempre se da a través de la experiencia subjetiva.

Silo (1938-2010), pensador del Nuevo Humanismo, explora la profundidad del ser humano a través de la intencionalidad y la perspectiva de una conciencia activa que construye la realidad, inscribiéndose así en la tradición fenomenológica. Considera al individuo como un ser capaz de crear sentido, no solo mediante el acto de percibir, sino principalmente a través de una transformación personal y social. Para Silo, la verdadera liberación reside en superar los resentimientos y reconciliarse consigo mismo y con los demás, rompiendo el ciclo del determinismo psicológico y abriendo el camino hacia una existencia llena de sentido. Defiende la importancia de la experiencia y la humilde meditación, como medios para convertir el sinsentido de la vida en plenitud, accediendo así a los espacios sagrados de la conciencia humana.

Todos estos pensadores, aunque muy diferentes, comparten una idea central: la realidad última está vinculada a la razón, al espíritu o a las ideas, más que a la materia bruta tal como es percibida por los sentidos.

El idealismo para mí

No he mencionado a todos estos autores como un argumento de autoridad para respaldar mi afinidad con el idealismo, sino más bien para demostrar que, gracias a su resistencia al tiempo y al conformismo, parece tener una naturaleza immanente y universal. El idealismo enfatiza que reside profundamente en la reflexión humana, sin necesidad de venir de una autoridad externa, siendo una perspectiva intrínseca a nuestra comprensión del mundo. El idealismo no es solo una serie de teorías metafísicas y epistemológicas; ante todo, es una metodología de reflexión mediante la práctica del razonamiento dialéctico, algo que todos practicamos de manera embrionaria cuando ponderamos los pros y los contras de una elección o evaluamos la pertinencia cognitiva de un fenómeno.

Esta naturaleza immanente de cuestionar la percepción de la realidad se ha manifestado particularmente en mi biografía, como ya relaté en mi escrito sobre la suspensión del yo. Este despertar de la conciencia comenzó a una edad muy temprana, alrededor de los diez años:

Caminaba solo por un bosque, reflexionando sobre el hecho de estar aislado en ese entorno natural. Tomé conciencia de que era el único ser humano presente en ese lugar, observando ese entorno forestal. Consideraba que, por lo tanto, esa naturaleza solo podía existir gracias a mi presencia allí. Cerré los ojos y me pregunté si lo que me rodeaba seguiría existiendo sin mi observación, sin la conciencia de que, ontológicamente, las cosas son. Entonces avancé con los ojos cerrados, dando pasos cautelosos. Bajo mis pies, las ramas crujían, y mis manos, a ciegas, acariciaban texturas que reconocía como helechos y hierbas.⁶

Al recordar este episodio, me doy cuenta de que forma parte de un propósito que voy descubriendo a tientas, algo que busca realizarse desde dentro. Hoy, casi 50 años después, al conocer esta filosofía, comprendo que el idealismo se plantea este tipo de preguntas desde hace más de dos mil años. No era una interrogante contingente, sino el fruto de la intencionalidad de la conciencia, emergiendo lentamente de su largo sueño de certezas sensibles⁷. Aparte de algunos destellos de lucidez, como el que acabo de mencionar, este propósito no siempre fue manifiesto, pero estuvo co-presente conmigo desde mi nacimiento y se realizó plenamente cuando tomé conciencia del siguiente paradoja fundamental: a posteriori, el acto de la conciencia y el yo como objeto de conciencia no son fenómenos sensibles, mientras que la sustancia de los objetos que percibo en el mundo sí lo es. Esta determinación no es más que una construcción del aparato cognitivo de la conciencia, al igual que su propio concepto de existencia, que no es ni más ni menos que una de sus determinaciones.

Así descubrí, asombrado, que esta reflexión de mi infancia no era tan impertinente. Hoy, esta misma reflexión ha cambiado radicalmente mi lugar en el universo: he pasado de ser un punto microscópico perdido en la inmensidad del universo a su centro, e incluso al origen mismo de su creación.

Kant comparó este cambio cognitivo con la “revolución copernicana”:

Copernic, lequel, comme il ne se sortait pas bien de l'explication des mouvements célestes en partant du principe que toute l'armée des astres tournait autour du spectateur, tenta de voir s'il ne réussirait pas mieux en faisant tourner le spectateur et en laissant, au contraire, les astres immobiles. Or, en métaphysique, on peut faire (B XVII) une tentative du même genre en ce qui concerne l'intuition des objets. Si l'intuition, en effet, devait se régler uniquement sur la nature des objets, je ne vois pas comment on pourrait connaître a priori quelque chose de ceux-ci. En revanche, si l'objet (en tant qu'objet des sens) se règle sur la nature de notre pouvoir d'intuition, je peux parfaitement me représenter cette possibilité⁸

Traducción :

⁶ Antoine Batt – Preludio a la invocación: Memorias o reflexiones sobre la suspensión del yo – p. 13

⁷ En la Fenomenología del Espíritu, Hegel introduce la "certeza sensible" como la experiencia inmediata del mundo a través de los sentidos, en la que el individuo cree percibir la realidad de manera directa y objetiva. Sin embargo, para Hegel, esta certeza es ilusoria, ya que lo percibido siempre está mediado por la conciencia, y la inmediatez que pretende ofrecer la certeza sensible es, en realidad, abstracta e insuficiente para captar la verdadera naturaleza de la realidad.

⁸ Edmund Husserl - p 126 Méditations Cartésiennes- LIBRAIRIE PHILOSOPHIQUE J. VRIN 1966

Copérnico, al no lograr explicar adecuadamente los movimientos celestes partiendo del principio de que todo el ejército de astros giraba alrededor del espectador, intentó ver si tendría más éxito al hacer girar al espectador y dejar, en cambio, los astros inmóviles. Ahora bien, en metafísica se puede realizar (B XVII) un intento similar en lo que respecta a la intuición de los objetos. Si la intuición, de hecho, tuviera que ajustarse únicamente a la naturaleza de los objetos, no veo cómo se podría conocer algo de ellos a priori. En cambio, si el objeto (en tanto objeto de los sentidos) se ajusta a la naturaleza de nuestro poder de intuición, puedo perfectamente representarme esta posibilidad.

Husserl retomó esta famosa metáfora kantiana, reformulándola como el "giro copernicano", pero subrayando que, en la concepción heliocéntrica de Copérnico, se deslizó una subrepción. Al excluir a la conciencia como punto de partida de la observación, esta fue descentralizada debido a su sesgo de certeza sensible.

Mais la psychologie intentionnelle — bien que d'une manière implicite — porte déjà le transcendantal en elle-même ; il lui faut seulement une dernière prise de conscience pour accomplir le renversement copernicien, qui ne change rien au contenu de ses résultats, mais en dégage le sens ultime. On pourrait dire aussi que la psychologie n'a, en définitive, qu'un seul problème fondamental : le concept de l'âme.⁹

Traducción :

Pero la psicología intencional —aunque de manera implícita— ya lleva lo trascendental en sí misma; solo necesita una última toma de conciencia para llevar a cabo el giro copernicano, que no altera el contenido de sus resultados, pero sí revela su sentido último. También se podría decir que, en definitiva, la psicología tiene un único problema fundamental: el concepto del alma.

Aunque no propiamente idealista, sino más bien dualista, considero esencial mencionar también a Descartes, ya que su enfoque es, en muchos aspectos, similar al de un idealista al formular su famoso "cogito ergo sum". En sus Meditaciones metafísicas, Descartes realiza una especie de reducción fenomenológica, descartando progresivamente todo lo que pueda ser puesto en duda, comenzando por el mundo exterior y terminando con la percepción de su propio cuerpo y sentidos. Una vez descartado todo lo dudoso, solo queda la conciencia de ser y pensar, una certeza ontológica absoluta. Es a partir de esta certeza, esta referencia indubitable, que Descartes elabora el conjunto de su filosofía. Del mismo modo, me inscribo en este enfoque, adoptando esta certeza como punto de partida para todas mis reflexiones hoy en día.

Moi donc, à tout le moins, ne suis-je pas quelque chose ? Mais j'ai déjà nié que j'eusse aucun sens ni aucun corps. J'hésite néanmoins, car que s'ensuit-il de là ? Suis-je tellement dépendant du corps et des sens, que je ne puisse être sans eux ? Mais je me suis persuadé qu'il n'y avait rien du tout dans le monde, qu'il n'y avait aucun ciel, aucune terre, aucuns esprits, ni aucuns corps ; ne me suis-je donc pas aussi persuadé que je n'étais point ? Non certes, j'étais sans doute, si je me suis persuadé, ou seulement si j'ai pensé quelque chose. Mais il y a un je ne sais quel trompeur très puissant et très rusé, qui emploie toute son

⁹ Edmund Husserl - p 126 Méditations Cartésiennes- LIBRAIRIE PHILOSOPHIQUE J. VRIN 1966

*industrie à me tromper toujours. Il n'y a donc point de doute que je suis, s'il me trompe ; et qu'il me trompe tant qu'il voudra, il ne saurait jamais faire que je ne sois rien, tant que je penserai être quelque chose. De sorte qu'après y avoir bien pensé, et avoir soigneusement examiné toutes choses, enfin il faut conclure, et tenir pour constant que cette proposition : **Je suis, j'existe**, est nécessairement vraie, toutes les fois que je la prononce, ou que je la conçois en mon esprit.¹⁰*

Traducción :

"¿Entonces no soy, al menos, algo? Pero ya he negado que tuviera algún sentido o cuerpo. Sin embargo, dudo, porque, ¿qué se sigue de esto? ¿Soy tan dependiente del cuerpo y de los sentidos que no puedo existir sin ellos? Pero me he persuadido de que no hay nada en el mundo, que no hay cielo, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpos; ¿me he persuadido también de que no soy? Ciertamente no, sin duda era si me persuadía, o al menos si pensaba algo. Pero hay un engañador muy poderoso y muy astuto, que utiliza toda su industria para engañarme siempre. No hay duda de que existo, si me engaña; y que me engañe cuanto quiera, nunca podrá hacer que yo no sea nada, mientras piense ser algo. De manera que, después de haberlo pensado bien y haber examinado cuidadosamente todas las cosas, finalmente debo concluir, y considerar como constante, que esta proposición: 'Yo soy, yo existo', es necesariamente verdadera cada vez que la pronuncio o la concibo en mi mente."

Au contraire, à présent je ne connais pas seulement que j'existe, en tant que je suis quelque chose qui pense, mais il se présente aussi à mon esprit une certaine idée de la nature corporelle : ce qui fait que je doute si cette nature qui pense, qui est en moi, ou plutôt par laquelle je suis ce que je suis, est différente de cette nature corporelle, ou bien si toutes deux ne sont qu'une même chose. Et je suppose ici que je ne connais encore aucune raison, qui me persuade plutôt l'un que l'autre : d'où il suit que je suis entièrement indifférent à le nier, ou à l'assurer, ou bien même à m'abstenir d'en donner aucun jugement¹¹

Traducción :

Por el contrario, ahora no solo sé que existo, en tanto que soy algo que piensa, sino que también se presenta en mi mente una cierta idea de la naturaleza corporal: lo que me hace dudar de si esta naturaleza que piensa, que está en mí, o más bien por la cual soy lo que soy, es diferente de esta naturaleza corporal, o si ambas son una misma cosa. Y supongo aquí que aún no conozco ninguna razón que me persuada más hacia una que hacia la otra: de donde se sigue que estoy completamente indiferente a negarlo, afirmarlo, o incluso abstenerme de emitir juicio alguno.

A partir de la certeza de mi conciencia de mí mismo, en contraste con la contingencia del mundo percibido, tomé conciencia de una paradoja a posteriori: lo que antes consideraba como una certeza sensible, como la sustancia de la materia, resultó ser incierto, mientras que mi ser, aunque imperceptible a los sentidos, se revela con una certeza absoluta

¹⁰ René Descartes, Méditations métaphysiques section [19]

¹¹ René Descartes, Méditations métaphysiques section [69]

respecto a la existencia de su propia sustancia.

En consecuencia, llegué a considerar que no podían existir dos universos distintos: uno material y mortal, y otro inmaterial y, por lo tanto, inmortal. Si el mundo material es contingente y mortal, no puede ser la fuente de lo inteligible necesario y su inmortalidad. Para ilustrar esta permanencia, intuitivamente damos un nombre al ser, pero no a su cuerpo, porque este está destinado a transformarse, mientras que el ser permanece inmutable. Así es como se operó en mí un cambio fundamental en la concepción de lo real. Lo real ya no es lo que mis sentidos me permiten percibir, sino el a priori trascendental de mi entendimiento¹², que no solo condiciona toda experiencia, sino que constituye también la causa primera de las impulsiones que guían mi mente.

Me digo que la única cosa de la que estoy absolutamente seguro es que "soy", que "pienso". Todo lo demás, el mundo material, lo que perciben mis sentidos, podría ser ilusorio, pero esta conciencia de ser, en cambio, es indudable. Es a partir de esta certeza que todo se construye. Lo que quiero decir es que, según el principio de certeza cartesiano (cogito ergo sum), si la conciencia de que soy es lo único de lo que puedo estar seguro, entonces es ella la que da forma a todo lo que percibo. Este mundo material, lo que llamamos "realidad", no es, en última instancia, más que una proyección de la conciencia, una construcción que depende enteramente de ella en el sentido kantiano. Dicho de otro modo, es la conciencia la que, al actuar a través de esquemas o formas mentales, moldea lo que vemos, escuchamos y sentimos como experiencia. La materia no es más que una manifestación de la conciencia. Y aquí reside una diferencia fundamental: la materia es cambiante, perecedera, nace y muere. Pero la conciencia, en cambio, está siempre presente, inmutable e intangible, como una fuente constante de leyes como las de la física. Lo que es aún más sorprendente es que la conciencia tiene una naturaleza subjetiva: no depende de los sentidos, es directamente vivida. La materia, en cambio, siempre es percibida a través de los sentidos, mediada y filtrada por nuestras percepciones. Aquí radica un profundo paradoja: ¿cómo se puede concebir que algo subjetivo, como la conciencia, provenga de la materia, que es percibida externamente y a través de los sentidos? Si la conciencia es directamente experimentada y sin intermediarios, parece ilógico pensar que esta subjetividad profunda pueda ser engendrada por una sustancia llamada material, que siempre es mediada y percibida desde fuera. Es como decir que algo inmaterial e intangible, como la conciencia, podría nacer de algo limitado y tangible, como la materia. Ipso facto, si la materia es cambiante y la estructura de la conciencia estable, se vuelve más lógico pensar que es la conciencia el origen, la causa primera. No es la materia la que genera la conciencia, sino la conciencia la que, por su actividad y su naturaleza subjetiva, da lugar a lo que llamamos el mundo demiúrgico.

De hecho, la conciencia no sufre el mundo; lo crea de manera universal. Por eso, en mi enfoque, digo que el universo, tal como lo percibimos, existe porque la conciencia es su fuente primera. Sin ella, no habría mundo que concebir.

¹² Concepto desarrollado por Kant en la Crítica de la razón pura, que designa las condiciones previas a toda experiencia, propias del entendimiento, que hacen posible la organización de los fenómenos en las intuiciones puras de espacio y tiempo.

3. El camino de la comprensión hacia la reconciliación

Descubrimiento de las impulsiones incondicionadas

Cuando logramos comprender que no es un enemigo quien habita en nuestro interior, sino un ser lleno de esperanzas y fracasos, un ser en el que, en una breve sucesión de imágenes, vemos momentos de plenitud y momentos de frustración y resentimiento; cuando logramos comprender que nuestro enemigo también es un ser que ha vivido esperanzas y fracasos, un ser en el que también hubo bellos momentos de plenitud y otros de frustración y resentimiento, entonces adoptamos una mirada humanizadora sobre la piel de la monstruosidad.

En este pasaje, Silo parece señalar el error fundamental de esencializar las faltas, tanto en uno mismo como en los demás. Una persona que roba no es un ladrón, una persona que actúa con violencia no es una persona violenta, y una persona que comete una violación no es un violador. De lo contrario, si esto fuera cierto, deberíamos también esencializar a las personas según sus buenas acciones. Este tipo de etiquetado rígido y contradictorio impide cualquier reconciliación, encerrando a los individuos en una definición fija de sus actos. En el capítulo anterior, establecimos que nuestra libertad de elección no se aplica a los comportamientos reactivos, sea cual sea su causa, y que, si una causa determina una acción, anula por ello la responsabilidad individual. Pero entonces, ¿dónde reside la responsabilidad? Silo sugiere en el siguiente pasaje que la responsabilidad sucede a la comprensión:

"Reconciliarse no es olvidar ni perdonar; es reconocer todo lo que ha ocurrido y proponerse salir del círculo del resentimiento. Es mirar reconociendo los errores en uno mismo y en los demás. Reconciliarse consigo mismo significa proponerse no pasar dos veces por el mismo camino, pero estar dispuesto a reparar doblemente los daños causados. Sin embargo, está claro que no podemos pedir a quienes nos han ofendido que reparen doblemente los daños que nos han ocasionado. No obstante, es algo bueno hacerles ver la cadena de perjuicios que provocan en sus vidas. Hacer esto nos reconcilia con quien antes considerábamos un enemigo, incluso si eso no lleva a que el otro se reconcilie con nosotros, pero esto forma parte del destino de sus acciones, sobre las cuales no tenemos poder de decisión."

En este pasaje, Silo explica que la reconciliación se basa en tomar conciencia de los errores, tanto hacia uno mismo como hacia los demás, y que esta toma de conciencia permite salir del círculo del resentimiento. A diferencia de una reconciliación basada en el perdón o el olvido, esta se fundamenta en una comprensión profunda de nuestros comportamientos y sus consecuencias. Este proceso de reconciliación no genera impulsos en el sentido clásico, sino que permite que estos se manifiesten espontáneamente, como impulsos incondicionados, verdaderas causas primeras creadoras de sentido y de una nueva realidad. En este contexto, las impulsiones incondicionadas no son reacciones, sino expresiones autónomas de la verdadera esencia del individuo, liberadas una vez alcanzada la toma de conciencia. Silo parece indicar que la responsabilidad nace a partir de esta comprensión.

Esta responsabilidad se expresa a través de dos impulsiones, que no son el resultado de una causa externa, sino la manifestación directa de una intención de transformación interior.

Primera impulsión incondicionada: el reconocimiento de la verdadera esencia

Esta primera impulsión surge cuando el individuo ha alcanzado una profunda toma de conciencia y ha reconocido su verdadera esencia, más allá de los errores que pudo haber cometido. La impulsión no proviene de una cadena de causas, sino que brota espontáneamente cuando el individuo se libera de la ilusión de ser definido por sus actos pasados. Es en ese momento cuando se manifiesta la verdadera esencia de la persona.

El reconocimiento de esta esencia libera, sin mediación del juicio, una impulsión emocional que marca una ruptura con el ciclo del resentimiento. El individuo deja de percibir a los demás y a sí mismo a través de los prismas de la culpa o la responsabilidad moral. Ya no ve culpables, sino víctimas de circunstancias y fuerzas que los superan.

Esta nueva perspectiva viene acompañada de una energía intensa que a menudo se manifiesta de manera catártica: el individuo llora, no de tristeza, sino de alivio, porque ha roto con sus antiguas percepciones y ha vuelto a amar. La impulsión incondicionada, como causa primera, no necesita ser generada por un evento externo; es el resultado natural del retorno a la esencia profunda del individuo.

La primera impulsión no ocurre como respuesta a una coacción ni como resultado de un esfuerzo. Es espontánea porque es intrínseca a la naturaleza del ser una vez liberado de los condicionamientos. Esta impulsión genera un salto de conciencia, el punto de ruptura con los determinismos del antiguo yo, y orienta al individuo hacia una reconciliación que no se basa en el perdón al otro, sino en una transformación interior que convierte el odio o el resentimiento en obstáculos superados.

Segunda impulsión incondicionada: la transformación a través de la comprensión

La segunda impulsión no es una reacción a la primera, sino otra expresión de la misma causa primera: la comprensión. Esta impulsión es de naturaleza cognitiva y surge de la certeza interior de que, una vez alcanzada la toma de conciencia, es imposible repetir los mismos errores. El individuo comprende ahora con claridad las causas reales de sus comportamientos pasados, y esta comprensión transforma de manera duradera su mente.

Aquí nuevamente, es crucial subrayar que esta impulsión no es el resultado de una elección moral ni de un esfuerzo de conciencia. La toma de conciencia, como causa primera, provoca un cambio que hace imposible repetir los errores del pasado. El individuo ya no necesita imponerse una moral; la comprensión misma orienta espontáneamente sus acciones hacia un camino diferente. Esta impulsión no tiene una causa en el sentido empírico del término: surge, al igual que la primera impulsión, de la esencia profunda del individuo que ha integrado la comprensión. Este cambio es irreversible, como lo expresa Silo:

“De ahí, tu caída será improbable, a menos que tu voluntad sea descender hacia regiones más oscuras para llevar la luz a las tinieblas.”

Una vez alcanzada la comprensión, esta orienta al individuo hacia una nueva manera de vivir y de percibir el mundo, sin que sea necesario luchar o forzar esta transformación. Esta impulsión no es una respuesta exterior a estímulos o a coacciones, sino el resultado natural de la toma de conciencia, que en sí misma es una causa primera. La reconciliación ya no consiste en evitar comportamientos reactivos, sino en actuar naturalmente en función de esta nueva comprensión.

Las impulsiones incondicionadas no son respuestas a causas externas ni reacciones a estímulos internos. Encarnan más bien una intencionalidad hacia la transformación interior, funcionando como esquemas para moldear las respuestas frente a los obstáculos encontrados en el proceso de efectividad del Espíritu.

Silo muestra que la reconciliación comienza con esta comprensión profunda, que, en sí misma, constituye una causa primera. Las impulsiones —ya sean emocionales o cognitivas— son expresiones naturales de esta esencia divina que se libera, llevando al individuo hacia una reconciliación duradera y auténtica consigo mismo y con los demás.

Aclaración sobre los esquemas

Las impulsiones incondicionadas no son respuestas a causas externas ni reacciones a estímulos internos. Encarnan más bien una intencionalidad orientada hacia la transformación interior, sirviendo como estructura o esquema director para moldear las respuestas frente a los obstáculos encontrados en el proceso de efectividad del Espíritu.

Según Kant, los esquemas trascendentales desempeñan un papel fundamental en su epistemología, expuesta en la Crítica de la razón pura. Son mecanismos sutiles que permiten conectar las categorías del entendimiento (conceptos puros como causalidad, sustancia) con las intuiciones sensibles (las percepciones que tenemos en el tiempo y el espacio). Kant introduce los esquemas como mediadores indispensables, ya que los conceptos abstractos del entendimiento son demasiado generales para aplicarse directamente a los fenómenos sensibles. Por ejemplo, el esquema de causalidad permite aplicar la categoría de causalidad a los eventos percibidos sucesivamente, posibilitando una experiencia ordenada en términos de causa y efecto. El esquema de sustancia permite pensar en un objeto como persistente a través del tiempo a pesar de sus cambios, como un árbol que reconocemos como el mismo aunque pierda sus hojas. Kant llama a este proceso

el esquematismo trascendental. Este mecanismo mental impone un orden sobre nuestras percepciones sensibles mediante esquemas, permitiendo así una experiencia inteligible del mundo.

Aunque Kant y Silo pertenecen a contextos filosóficos diferentes, sus ideas presentan similitudes interesantes. En Kant, los esquemas trascendentales son puentes rígidos y universales entre la intuición sensible y las categorías del entendimiento. Funcionan como mediadores que aseguran la coherencia de nuestra experiencia del mundo. En Silo, la forma mental actúa como un filtro dinámico a través del cual la conciencia percibe e interpreta la realidad, influyendo en nuestras reacciones y comportamientos. A pesar de las similitudes en su función mediadora entre la mente y el mundo, la forma mental de Silo es más flexible y evolutiva. Mientras que los esquemas de Kant son universales y estáticos, las formas mentales en Silo se moldean a través de la experiencia personal y son capaces de transformarse. Esta dimensión las acerca más a la concepción dinámica del Espíritu en Hegel. Hegel concibe el Espíritu como un proceso en constante movimiento, que evoluciona a través de procesos dialécticos (tesis, antítesis y síntesis) para alcanzar una conciencia más elevada de sí mismo. De manera similar, en Silo, las formas mentales no son fijas, sino que se transforman a medida que el individuo avanza en su búsqueda de reconciliación y libertad interior.

Como explica la Escuela de Silo en la Disciplina mental: «Podemos observar la forma mental, esta estructura acto-objeto. Hasta ahora habíamos visto objetos, pero ahora debemos observar la forma mental. No es una representación, no es una imagen. Entonces, ¿qué es? Es algo en lo que estoy inmerso. Es ese recinto de mi conciencia que se mueve dentro de ciertos parámetros. Pero no es una representación...» Esta descripción destaca que la forma mental es una estructura dinámica, en constante interacción con los actos de la conciencia y los objetos hacia los que están dirigidos. Lejos de ser una representación fija, refleja una organización activa de la conciencia misma. Esta formulación permite vincular de manera natural la explicación teórica de los esquemas kantianos y la forma mental de Silo, reforzando la idea de su dinámica interna y de su papel en la organización activa de nuestra experiencia del mundo. De manera análoga, en Silo, la forma mental actúa como un filtro a través del cual la conciencia percibe e interpreta la realidad, influyendo en nuestras reacciones y comportamientos. Condiciona nuestra manera de pensar y actuar, estructurando nuestras percepciones mentales. Sin embargo, aunque estos dos conceptos pueden compararse por su función mediadora entre la mente y el mundo, es importante destacar que la forma mental de Silo es más flexible y evolutiva. Allí donde los esquemas de Kant son rígidos, universales y estáticos, las formas mentales en Silo son dinámicas, moldeadas por la experiencia personal y capaces de transformarse. Esta dimensión las acerca más a la concepción dinámica del Espíritu en Hegel. Hegel concibe el Espíritu como en constante movimiento, desarrollándose a través de procesos dialécticos que pasan por la tesis, la antítesis y la síntesis para alcanzar una conciencia más elevada de sí mismo. De igual manera, en Silo, las formas mentales no son fijas, sino que se transforman conforme el individuo avanza en su búsqueda de reconciliación y libertad interior.

Así, si los esquemas de Kant y las formas mentales de Silo parecen compartir un papel estructural similar, es en el enfoque dinámico de Hegel donde las formas mentales encuentran su verdadero eco. Encarnan este movimiento constante de transformación interior, esta lucha por superar las contradicciones que atan al individuo y este potencial de reconciliación que conduce a una existencia más libre y más consciente.

Como explica la Escuela de Silo en la Disciplina mental : *«Así podemos observar la forma mental, esta estructura acto-objeto. Hasta ahora habíamos visto objetos, pero ahora debemos observar la forma mental. No es una representación, no es una imagen. Entonces, ¿qué es? Es algo en lo que estoy ubicado. Es este recinto de mi conciencia que se mueve dentro de ciertos parámetros. Pero no es una representación... »* Esta descripción pone de relieve la idea de que la forma mental es una estructura dinámica, en constante interacción con los actos de conciencia y los objetos hacia los que están dirigidos. Lejos de ser una representación fija, refleja una organización activa de la propia conciencia. Esta formulación permite vincular de manera natural la explicación teórica de los esquemas y la forma mental con la cita de Silo, reforzando la idea de la dinámica interna de la forma mental.»

4. La razón o el espíritu reflexivo como un proceso autónomo

En Kant, la razón práctica es libre y funciona incondicionalmente en el ámbito de la moralidad. La voluntad obedece a la ley moral (imperativo categórico)¹³ sin estar determinada por fenómenos sensibles, lo que muestra su autonomía. No reacciona a eventos externos, sino que opera por sí misma, de manera espontánea, como un esquema. Esta actividad reflexiva es, por lo tanto, una impulsión incondicionada, ya que no depende de estímulos externos para manifestarse. Constituye un proyecto universal de la humanidad que permite comprender su pasado y dar sentido a su presente.

Kant explica que la razón práctica es autónoma en la medida en que sigue una ley interna (el imperativo categórico), sin ser causada por deseos o factores empíricos. De manera similar, cuando opera, no depende de estímulos sensibles ni de causas externas, sino que es una impulsión que emerge espontáneamente de la naturaleza del espíritu. Por esta razón, las inclinaciones y prejuicios del yo deben suspenderse, ya que corren el riesgo de perturbar la pureza de esta impulsión racional y desviar al espíritu de su capacidad para juzgar libremente.

¹³ Cuando Kant dice que "la voluntad obedece a la ley moral (imperativo categórico)", se refiere a la idea de que la voluntad racional humana está intrínsecamente orientada hacia el cumplimiento del deber moral, definido por una regla universal e incondicional: el imperativo categórico.

Esta capacidad de reflexionar, analizar y juzgar se produce sin una causa previa. En este sentido, la razón reflexiva podría considerarse una impulsión incondicionada que guía al espíritu en su proceso de comprensión y reflexión.

5. El camino dialéctico hacia la reconciliación

La confrontación inicial con el conflicto

como he explicado en las causas empíricas y psicológicas, muestra que el conflicto es un elemento inevitable en la vida del individuo, ya sea interno o externo. Los paradigmas que un individuo construye están moldeados por el aprendizaje que obtiene de su entorno cultural y de sus experiencias personales. Es a través de estas experiencias que los esquemas, inicialmente fijados por la mente, toman forma y se enfrentan a la realidad. Sin embargo, aunque estos esquemas parecen estar anclados en una estructura inicial, no parecen ser estáticos. Más bien, evolucionan, no como creaciones nuevas, sino como revelaciones sucesivas, al igual que un arqueólogo que, capa tras capa, descubre estructuras preexistentes y profundas. No son las estructuras las que son dinámicas, sino el trabajo del arqueólogo quien, con paciencia, las desvela. El camino dialéctico comienza con este acto inicial, casi instintivo, en el que la mente, alimentada por estos paradigmas, proyecta sus ideales hacia el futuro, esas figuras intangibles y luminosas que moldean secretamente cada acción. Estas aspiraciones se forjan en la interacción entre la herencia cultural y las percepciones personales, influenciadas siempre por el entorno que la mente ha construido para sí misma, pero tendiendo hacia una realización futura. En este impulso inicial hay pureza, fuerza. El individuo, guiado por una confianza innata en la posibilidad de realizar estos ideales, avanza en el presente con la energía del soñador, creyendo que el mundo responderá a sus aspiraciones. Sin embargo, a medida que progresa, se encuentra con una realidad más compleja de lo que había idealizado. Es aquí donde interviene el desvelamiento de los esquemas.

En la filosofía de Kant, los esquemas son estructuras mentales universales que organizan y estructuran nuestra experiencia. Parecen fijos, rígidos, como puentes entre la intuición y las categorías del entendimiento. No obstante, en muchos sentidos, estos esquemas no parecen estáticos; su comprensión no está fijada de una vez por todas, sino que evolucionan, no en el sentido de que se transforman, sino en el sentido de que se desvelan a lo largo de nuestra experiencia, mediante el proceso dialéctico.

A modo de reflexión crítica, es importante distinguir la evolución en la comprensión de los esquemas de su naturaleza propia. Mientras que Kant concibe los esquemas como estructuras universales y fijas, Hegel parece atribuir a estas mismas estructuras un carácter evolutivo, en mi opinión, confundiendo así el proceso dialéctico de descubrimiento con una transformación de los propios esquemas. En realidad, no es el esquema lo que cambia, sino nuestra comprensión de ellos a través de nuestras experiencias. Si Hegel considera la

evolución de las ideas como una progresión de la realidad misma, esta visión podría interpretarse como una confusión entre la evolución del pensamiento y la estabilidad de las estructuras mentales en sí mismas.

Los esquemas, en la perspectiva kantiana, no son dinámicos, pero nuestra toma de conciencia de su papel lo es, revelándose progresivamente a través de las experiencias y el proceso dialéctico. Es como si dijéramos que la Tierra, hace miles de años, era plana y luego se transformó para volverse redonda. No es la Tierra la que cambió, sino nuestro conocimiento de su forma real lo que evolucionó. De la misma manera, los esquemas son inmutables, pero nuestra conciencia de su naturaleza se desarrolla con el tiempo. En esto, estoy de acuerdo con Parménides y Zenón, quienes rechazan la idea de que el cambio o la multiplicidad sean reales, al tiempo que encuentro un punto de convergencia con Hegel en la dinámica del Espíritu. La realidad misma es fija e inmutable; solo nuestra cognición, que desempeña un papel dinámico, hace evolucionar su comprensión. Esta reflexión también me lleva al trabajo en la disciplina de la Mental, donde la relación entre la dinámica proveniente de la conciencia —la estructura acto/objeto, el movimiento y la forma— y la fijeza del no-movimiento-forma como estructura universal me parece pertinente. La conciencia, al igual que en la dialéctica hegeliana, provoca un movimiento, pero lo que revela a través de esta dinámica es una realidad que permanece constante. A esto se añaden los antagonismos de los conflictos internos y externos, que, lejos de ser meros obstáculos, son en realidad elementos negativos que participan en un proceso más amplio y fundamentalmente positivo. Estas son fuerzas que, aunque crean rupturas y tensiones, permiten a la conciencia progresar hacia una reconciliación más profunda, tanto consigo misma como con los demás. Estos conflictos, que a primera vista parecen destructivos o paralizantes, actúan en realidad como desencadenantes de las tomas de conciencia necesarias para la unificación interior. Así, en el proceso dialéctico que describo, estas oposiciones —ya sean psicológicas o empíricas— sirven para desvelar las verdades ocultas del ser y forzar al individuo a una reevaluación de sus esquemas y paradigmas. La reconciliación no es, por tanto, una ausencia de conflicto, sino más bien la culminación de un proceso en el que los elementos negativos se reintegran en una nueva síntesis más rica y completa. Este camino lleva a la unificación, no a pesar de los conflictos, sino gracias a ellos.

En Hegel, la última etapa del desarrollo de la conciencia es la del Espíritu Absoluto (Geist). El Espíritu Absoluto representa la reconciliación última entre la conciencia individual y la realidad total, donde la conciencia alcanza una comprensión completa de sí misma como expresión de la totalidad del Ser. Es el estadio en el que el Espíritu toma plena conciencia de su unidad con el Universo, tras haber pasado por las etapas de la conciencia individual, la autoconciencia, la razón y, finalmente, el Espíritu objetivo (la sociedad, la ética, etc.). Este proceso dialéctico culmina en el Espíritu Absoluto, donde las contradicciones internas se resuelven y la realidad se percibe como un todo unificado, a menudo ilustrado a través del arte, la religión y la filosofía.

Conclusión

La reconciliación, tanto en el plano personal como colectivo, es un proceso profundamente dialéctico. Este escrito ha demostrado que los conflictos no deben ser percibidos únicamente como elementos destructivos y divisivos, sino como etapas cruciales para la transformación y la unificación del ser. A través de la confrontación con sus ideales y sus fracasos, el individuo puede descubrir una verdad más profunda sobre sí mismo y sobre la naturaleza de la realidad.

Los conceptos derivados del idealismo trascendental de Kant, la dinámica del Espíritu de Hegel y las reflexiones de Silo sobre la intencionalidad permiten iluminar este proceso de reconciliación. Estas herramientas filosóficas nos muestran que la reconciliación no es un simple regreso a una armonía anterior, sino un movimiento hacia una conciencia más amplia, más unificada y más auténtica.

Una mirada hacia el futuro

La reconciliación, si trasciende el ámbito individual para extenderse a la sociedad en su conjunto, podría convertirse en una clave esencial para el futuro de nuestra humanidad. En una época en la que los conflictos armados, las fracturas ideológicas y las tensiones culturales son omnipresentes, la reconciliación se presenta como un enfoque tanto audaz como necesario para restablecer la unidad. Podría significar, a nivel social, la reintroducción del diálogo donde se ha roto, el esfuerzo colectivo por comprender las diferencias en lugar de acentuarlas.

¿Qué sería de una sociedad donde, en lugar de oponerse en la polarización, los individuos buscaran reconciliarse consigo mismos y con los demás? Esto podría abrir vías de reflexión sobre cómo construir puentes entre comunidades divididas y cultivar la empatía y la solidaridad frente a la otredad.

En un mundo donde el dogmatismo y las certezas alimentan a menudo la exclusión, la reconciliación propone un camino alternativo: el de la unidad en la diversidad, no como una utopía, sino como un proyecto cotidiano que comienza con un esfuerzo de comprensión mutua entre antagonismos. Un futuro reconciliado es un futuro donde los conflictos no son negados, sino resueltos en un movimiento constante hacia una humanidad más coherente, una nación humana universal, capaz de superar sus contradicciones internas para aspirar a una paz duradera.

Bibliografía

Platon – *La République*. Traduit par Pierre Pachet. Paris : Gallimard, 1987.

Descartes, René – *Méditations métaphysiques*. Paris : Gallimard, 1937.

John Stuart Mill – *L'Utilitarisme* (1861)

Kant, Immanuel – *Critique de la raison pure*. Traduit par Jules Barni. Paris : PUF, 1944.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich – *Phénoménologie de l'Esprit*. Traduit par Jean Hyppolite. Paris : Aubier-Montaigne, 1941.

Husserl, Edmund -- *Méditations cartésiennes*. Vrin, 1931.

Silo – **La disciplina mental. Documentos de los Discípulos de la Escuela de Silo PDF** .

Silo – *Punta de Vacas, 2007*

Silo – **La Curación del sufrimiento - La Mirada interior.**

Jean-Jacques Goldman – *Né en 17 à Leidenstadt. Album : Fredericks Goldman Jones*. Columbia Records, 1990.

Spielberg, Steven – *Saving Private Ryan*. Película. DreamWorks Pictures, 1998.

Antoine Batt – **Preludio a la invocación: Memorias y reflexiones sobre la suspensión del yo, 2023**